

pótesis. Todo lo que el hombre crea, cultura y civilización, acaba por revolverse contra él. Porque es creación, queda fuera del sujeto creador, goza de existencia propia, se convierte en cosa frente al hombre y se desentiende de la intención de su creador. Dios creó al ángel y se le rebeló, creó al hombre y se le rebeló. Al hombre se le sublevan sus creaciones. Vivimos hoy una hora característica de esta trágica peripecia. La economía, la técnica, facilidades cimentadas por el hombre, amenazan extrangularle. Las ciencias que rebasan la capacidad de adquisición del hombre, le oprimen como plagas de la naturaleza y peligran tornarse esclavo suyo. En vez de estudiar para vivir, va a tener que vivir para estudiar. ¿No empieza a sentir la sociedad occidental el libro como instrumento rebelde, como dificultad? En toda Europa se siente el exceso de libros. El libro no es ya una ilusión sino una carga. El hombre de ciencia se pierde en la bibliografía de su tema. Pero cuando una creación del hombre se revuelve contra él, la sociedad se revuelve contra aquella creación, duda de su eficacia, siente antipatía y le exige que cumpla su destino de facilitación. El libro está en peligro porque se ha hecho un peligro. Se lee demasiado. El hombre se ha acostumbrado a no pensar por su cuenta y a no repensar lo que lee, único modo de apropiárselo. Las cabezas medias están atestadas de ideas recibidas inercialmente, entendidas a medias, desvirtualizadas».

Valenzuela Llanos

Como siempre que se trata de artistas nacionales, Valenzuela Llanos fué menospreciado en Chile, en los días en que se creía que el pintor no lograría sobrepasar ese término medio que parece ser entre nosotros la línea consagrada. Desempeñaba una cátedra en la Escuela de Bellas Artes, y mediante maquinaciones maestras se logró que fuera sacado de ella. Esto ocurría en el preciso momento en que en París, adonde el pintor había volado, se le otorgaba un premio, y uno de sus cuadros—el mismo

que los jurados nacionales habían rechazado en las orillas del Mapocho—era adquirido para uno de los museos de la capital francesa. . Valenzuela Llanos había sido hombre sencillo, de pocas palabras, pero de un hondo fervor artístico. Quizá esto no agradó a los bulliciosos y, por lo mismo, estériles maquinadores. Vivió consagrado a su arte, aprisionando todo ese encanto del paisaje chileno, que pocos artistas han interpretado como él.

Se ha celebrado el décimo aniversario de su muerte, con una exposición retrospectiva de sus obras admirables. Es la justicia, aunque tardía, que consagra en la tierra que le desconoció sus altos méritos de pintor. Pero cosa increíble, y esto lo cuenta en un artículo el pintor Marcos Bontá, el cuadro que existe en el Museo parisiense, aparece catalogado como de un pintor español. Bontá asegura que él habló al Ministro de Chile en Francia para que se rectificara la aberración. Pasó un año y Valenzuela Llanos continuaba figurando en el catálogo como español. Bontá regresó a Chile y nada se sabe si el artista chileno fué devuelto a su nacionalidad de origen. Es probable que siga como español todavía.

Y esto es lo triste. Una segunda medalia lo consagró en Francia, mientras sus compatriotas se resistían a creerlo. La historia de siempre, no por eso menos amarga. Hay necesidad de que el artista vaya a buscar a otra tierra lo que le niegan en la propia.